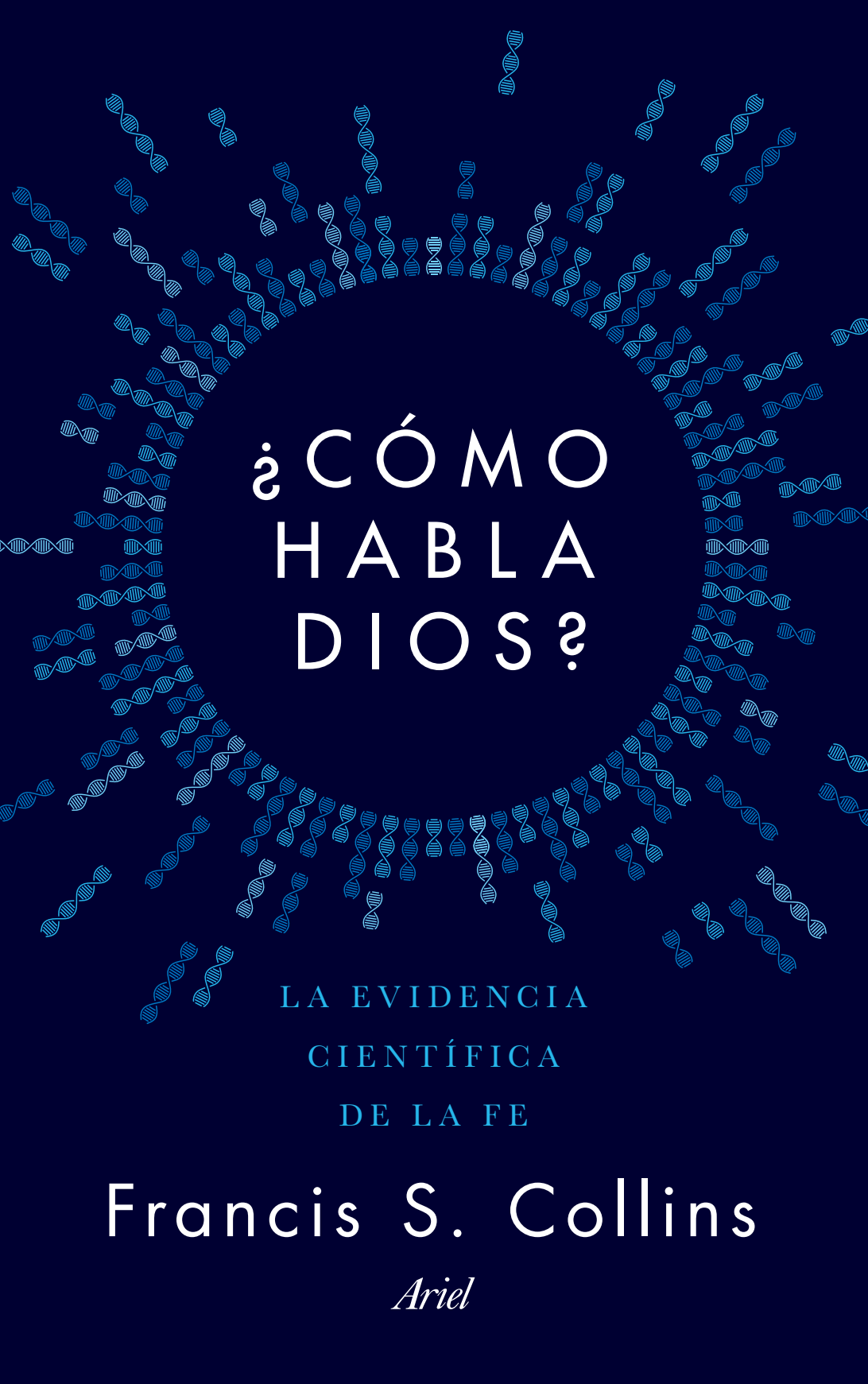




¿CÓMO HABLA DIOS?

LA EVIDENCIA
CIENTÍFICA
DE LA FE

Francis S. Collins

Ariel

FRANCIS S. COLLINS

¿CÓMO HABLA DIOS?

LA EVIDENCIA CIENTÍFICA
DE LA FE

Ariel

Título original: *The Language of God*

Publicado por contrato con el editor original, Free Press, una división de
Simon & Schuster, Inc.

I.^a edición en Editorial Ariel: septiembre de 2016

Edición anterior: julio de 2007

© 2006, Francis S. Collins

© 2007, de la traducción: Adriana de la Torre Fernández

Todas las ilustraciones son de Michael Hagelberg, excepto la figura 5.1 (lado derecho), que pertenece al libro *Darwin* de Niles Eldredge (W. W. Norton, Nueva York, 2005). La cita de la página 40 pertenece al capítulo «The Gap» del libro *A Severe Mercy* de Sheldon Vanauken. Copyright © 1997, 1980 de Sheldon Vanauken. Reproducida con el permiso de Harper Collins Publisher.

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2016: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2392-3

Depósito legal: B. 14.704 - 2016

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el
91 702 19 70 / 93 272 04

ÍNDICE

Introducción	9
--------------------	---

PARTE UNO

EL ABISMO ENTRE LA CIENCIA Y LA FE

1. Del ateísmo a la fe	19
2. La guerra de las concepciones del mundo	41

PARTE DOS

LAS GRANDES PREGUNTAS DE LA EXISTENCIA HUMANA

3. Los orígenes del universo	67
4. La vida en la Tierra: de microbios y hombres	96
5. La revelación del libro de instrucciones de Dios: la lección del genoma humano	120

PARTE TRES

FE EN LA CIENCIA, FE EN DIOS

6. Génesis, Galileo y Darwin	159
------------------------------------	-----

7. Opción 1. Ateísmo y agnosticismo (la ciencia le gana a la fe)	174
8. Opción 2. Creacionismo (la fe le gana a la ciencia)	186
9. Opción 3. Diseño inteligente (la ciencia necesita ayuda divina)	195
10. Opción 4. BioLogos (ciencia y fe en armonía)	212
11. Los verdaderos buscadores	228

Apéndice

La práctica moral de la ciencia y la medicina: la bioética	251
Notas	293
Agradecimientos	301
Índice onomástico y de materias	305

CAPÍTULO I

Del ateísmo a la fe

El inicio de mi vida fue poco convencional por muchas razones, pero como hijo de librepensadores, mi educación fue bastante convencional y moderna en su actitud hacia la fe: sencillamente, no era muy importante.

Fui educado en una granja en el Valle de Shenandoah, Virginia, Estados Unidos. En la granja no había agua corriente ni muchas otras comodidades. Sin embargo, estas carencias quedaban más que compensadas por la estimulante mezcla de experiencias y oportunidades disponibles para mí en el notable cultivo de ideas creado por mis padres.

Se habían conocido en la Universidad de Yale en 1931, y aportaron sus habilidades para la organización comunitaria y el amor a la música a la comunidad experimental de Arthurdale, Virginia Occidental, en donde trabajaron con Eleanor Roosevelt en un intento de revitalizar la oprimida comunidad minera en lo más hondo de la Gran Depresión.

Pero otros consejeros de la Administración Roosevelt tenían ideas diferentes y los fondos pronto se agotaron. La desintegración final de la comunidad Arthurdale debido a murmuraciones políticas en Washington hizo que mis padres sintieran desconfianza hacia el gobierno durante el resto de su vida. Se

cambiaron a la vida académica en el Instituto Elon de Burlington, Carolina del Norte. Allí, ante la belleza agreste de la cultura folclórica del sur rural, mi padre se convirtió en coleccionista de canciones folclóricas, y viajaba entre las colinas y los valles tratando de convencer a los reticentes habitantes para que cantaran en su grabadora *Presto*. Esas grabaciones, junto con el conjunto aún más grande acumulado por Alan Lomax, constituyen una gran parte de la colección de canciones folclóricas de América de la Biblioteca del Congreso.

Cuando llegó la Segunda Guerra Mundial, tales empresas musicales se vieron forzadas a ocupar un segundo lugar ante los asuntos más importantes de defensa nacional, y mi padre fue a trabajar en la construcción de bombarderos para la guerra. Finalmente terminó como supervisor en una fábrica de aeronaves en Long Island.

Al final de la guerra, mis padres concluyeron que la vida altamente estresante de las empresas no era para ellos. Adelantados a su tiempo, hicieron en los cuarenta lo que se haría en los sesenta: se fueron al Valle de Shenandoah en Virginia, compraron una granja de noventa y cinco acres, y se establecieron tratando de crear un sencillo estilo de vida agrícola sin usar maquinaria. Al descubrir que con eso no podían alimentar a sus dos hijos adolescentes (pronto llegaríamos otro hermano y yo), mi padre aceptó un empleo enseñando teatro en el colegio local para mujeres. Reclutó actores en el pueblo y esos estudiantes universitarios, junto con los comerciantes locales, descubrieron que la producción de obras era algo muy divertido. Ante la amenaza de una larga y aburrida temporada, mis padres fundaron un teatro de verano en un bosque de robles cerca de nuestra granja. *The Oak Gro-*

ve Theater continúa funcionando de forma ininterrumpida y deliciosa, cincuenta años más tarde.

Nací en esta feliz mezcla de belleza pastoral, duro trabajo de granja, teatro de verano y música, y me desarrollé muy bien allí. Siendo el menor de cuatro hijos, no me podía meter ya en muchos problemas que no fueran conocidos de mis padres. Crecí con la sensación general de que cada uno tenía que ser responsable de su propia conducta y decisiones, ya que nadie iba a llegar para sacarte las castañas del fuego.

Como sucedió con mis hermanos mayores, fui educado en casa por mi madre, una maestra con muchísimo talento. Esos primeros años me confirieron el inapreciable regalo de disfrutar al aprender. Si bien mi madre no tenía un programa de clases organizado o un plan de estudios, ella era increíblemente perceptiva para identificar los temas que intrigarían a una mente joven, y los perseguía con gran intensidad hasta un punto natural de culminación y luego cambiaba a algo nuevo e igualmente interesante. Aprender no era algo que se hiciera por obligación, sino porque era fascinante.

La fe no fue una parte importante de mi infancia. Yo era vagamente consciente del concepto de Dios, pero mis interacciones con Él se limitaban a los ocasionales momentos infantiles de negociación por algo que yo realmente deseaba que Él hiciera por mí. Por ejemplo, recuerdo haber hecho un contrato con Dios (cuando yo tenía como nueve años) por el que si Él evitaba la cancelación por lluvia de la función de teatro y la fiesta musical de un sábado por la noche que me tenían especialmente excitado, le prometía que nunca fumaría cigarrillos. Naturalmente, la lluvia fue contenida y yo nunca adopté el hábito. Anteriormente, cuando tenía cinco

años, mis padres decidieron enviarme a mí y a uno de mis hermanos a formar parte del coro de niños de la iglesia episcopal del pueblo. Dejaron muy claro que sería una manera estupenda de aprender música, pero que la parte teológica no tenía que ser tomada muy en serio. Yo seguí esas instrucciones, aprendí las glorias de la armonía y el contrapunto, pero dejé que los conceptos teológicos que se predicaban desde el púlpito me atravesaran sin dejar ninguna huella perceptible.

Cuando tenía diez años, nos mudamos al pueblo para estar con mi abuela enferma y nos inscribimos en la escuela pública. A los catorce, mis ojos se abrieron a los poderosos y excitantes métodos de la ciencia. Inspirado por un carismático profesor de química que podía escribir la misma información en el pizarrón con las dos manos simultáneamente, descubrí, por primera vez, la intensa satisfacción de la naturaleza ordenada del universo. El hecho de que toda la materia estuviera constituida por átomos y moléculas que obedecían principios matemáticos, fue una revelación inesperada, y la capacidad de usar las herramientas de la ciencia para descubrir nuevas cosas sobre la naturaleza me cautivó de inmediato como algo de lo que yo quería formar parte. Con el entusiasmo de un nuevo converso, decidí que mi meta en la vida sería convertirme en químico. Sin importar que no supiera relativamente nada de las otras ciencias, este primer amor pareció cambiar mi vida.

En contraste, mis encuentros con la biología me dejaron completamente frío. Al menos como lo percibió mi mente adolescente, los fundamentos de la biología tenían más que ver con memorizar hechos mecánicos que con elucidar principios. Realmente no me interesaba memorizar las partes del

cangrejo, ni tratar de entender la diferencia entre tipo, clase y orden. La abrumadora complejidad de la vida me llevó a la conclusión de que la biología era más bien como la filosofía existencialista: simplemente, no tenía ningún sentido. Para mi naciente mente reduccionista, no había ni con mucho suficiente lógica para hacerla atractiva. A los dieciséis años me fui a la Universidad de Virginia, decidido a graduarme en química y hacer una carrera en ciencias. Como la mayoría de los recién ingresados en la universidad, encontré ese nuevo ambiente estimulante, con miles de ideas que rebotaban en las paredes del aula y en los dormitorios, muy entradas las noches. Algunas de esas cuestiones siempre volvían a la existencia de Dios. En mi primera adolescencia tuve momentos ocasionales en que sentí un anhelo por algo exterior a mí, a menudo asociado con la belleza de la naturaleza o una experiencia musical particularmente profunda. Sin embargo, mi sentido de la espiritualidad estaba muy subdesarrollado y cualquiera de los agresivos ateos que uno encuentra casi siempre en todos los dormitorios universitarios lo cuestionaba fácilmente. A los pocos meses de iniciada mi carrera universitaria, quedé convencido de que si bien muchas tradiciones religiosas habían inspirado interesantes aportaciones a la cultura y las artes, no tenían ninguna verdad fundamental.

Aunque no conocía el término en ese momento, me convertí en agnóstico, término acuñado en el siglo XIX por el científico T. H. Huxley para indicar a alguien que sencillamente no sabe si Dios existe o no. Hay toda clase de agnósticos, algunos llegan a esta posición tras un intenso análisis de la

evidencia, pero para muchos otros es simplemente una postura cómoda para evitar considerar los argumentos que los incomodan de ambos bandos. Definitivamente, yo estaba en la segunda categoría. De hecho, mi afirmación de «no lo sé» iba más por el sentido de «no quiero saber». Como un joven que crecía en un mundo lleno de tentaciones, era conveniente ignorar la necesidad de ser responsable ante cualquier autoridad espiritual más alta. Practicaba un patrón de pensamiento y de conducta que el notable estudioso y escritor C. S. Lewis* llamaba «ceguera deliberada».

Después de graduarme inicié un doctorado en fisicoquímica en Yale, buscando la elegancia matemática que me había atraído inicialmente a esta rama de la ciencia. Mi vida intelectual estaba sumergida en la mecánica cuántica y las ecuaciones diferenciales de segundo orden, y mis héroes eran los gigantes de la física: Albert Einstein, Niels Bohr, Werner Heisenberg y Paul Dirac. Gradualmente me convencí de que todo en el universo se podía explicar con ecuaciones y principios de física. Cuando leí la biografía de Albert Einstein y descubrí que no creía en Yahvé, el Dios del pueblo judío, a pesar de su fuerte postura sionista después de la Segunda Guerra Mundial, reforcé mi conclusión de que ningún científico pensante podía sostener seriamente la posibilidad de la existencia de Dios sin cometer alguna clase de suicidio intelectual.

Así que gradualmente pasé del agnosticismo al ateísmo. Me sentía muy cómodo al desafiar las creencias espirituales

* C.S. Lewis fue el autor de las *Crónicas de Narnia*, entre muchas otras obras. (N. del T.)

de cualquiera que las mencionara en mi presencia, y descartaba tales perspectivas como sentimentalismo y superstición pasados de moda.

A los dos años de empezado mi doctorado, mi estrechamente estructurado plan de vida empezó a desmoronarse. A pesar de los placeres diarios de realizar la investigación para mi disertación sobre mecánica cuántica, empecé a dudar de que eso fuera un camino que pudiera sostener mi vida. Parecía que la mayoría de los avances más importantes en la teoría cuántica habían ocurrido cincuenta años antes, y lo más probable era que pasara el resto de mi carrera aplicando sucesivas simplificaciones y aproximaciones a ecuaciones elegantes pero sin solución para hacerlas un poco más manejables. Parecía que mi camino me llevaría inexorablemente a una vida como profesor, impartiendo una serie interminable de clases en termodinámica y mecánica estadística, presentada a generación tras generación de estudiantes universitarios que estarían aburridos o aterrados con tales materias.

Casi al mismo tiempo, en un esfuerzo por ampliar mis horizontes, me inscribí en un curso de bioquímica, y finalmente indagué en las ciencias de la vida que tanto había evitado hasta ahora. El curso fue nada menos que asombroso. Los principios del ADN, el ARN, y las proteínas, que hasta entonces desconocía, me fueron presentados en toda su satisfactoria gloria digital. La capacidad de aplicar principios intelectualmente rigurosos para entender la biología, algo que yo había imaginado imposible, se manifestaba con la revelación del código genético. Con el surgimiento de nuevos métodos para juntar diferentes fragmentos del ADN a voluntad (recombinación de ADN), la posibilidad de aplicar todo

este conocimiento para el beneficio de la humanidad parecía muy real. Yo estaba maravillado. Después de todo, la biología tenía elegancia matemática. La vida tenía sentido.

Al mismo tiempo, ahora con sólo veintidós años pero casado y con una brillante e inquisitiva hija, me estaba volviendo más sociable. Cuando era más joven con frecuencia prefería estar solo. Ahora, la interacción humana y un deseo de contribuir algo a la humanidad me parecían lo más importante. Al juntar todas estas revelaciones, cuestioné todas mis elecciones pasadas, incluso si en realidad tenía madera para ser científico y realizar investigaciones independientes. Estaba por concluir mi doctorado y después de muchas reflexiones, solicité la admisión en la escuela de medicina. Con un discurso cuidadosamente estudiado, intenté convencer al comité de admisión de que este giro en los acontecimientos era en realidad el curso natural en la formación de uno de los futuros doctores de nuestra nación. Interiormente no estaba tan seguro. Después de todo, ¿no era yo el muchacho que odiaba la biología por tantas cosas que se tenían que memorizar? ¿Algún otro campo de estudio requería tanta memorización como la medicina? Pero ahora había algo diferente, se trataba de la humanidad, no de los cangrejos; existían principios sosteniendo esos detalles y, eventualmente, esto podría marcar una diferencia en la vida de personas reales.

Fui aceptado en la Universidad de Carolina del Norte. En pocas semanas supe que la escuela de medicina era el lugar adecuado para mí. Adoraba el estímulo intelectual, el reto ético, el elemento humano y la sorprendente complejidad del cuerpo humano. En diciembre de ese primer año descubrí cómo podía combinar mi nuevo amor por la medicina con

mi viejo amor por las matemáticas. Un austero y en cierto modo inaccesible pediatra, quien daba un total de seis horas de clase en genética médica a los estudiantes de medicina de primer año, me mostró mi futuro. Llevó a la clase pacientes de anemia de células falciformes, galactosemia (una incapacidad para tolerar productos lácteos, a menudo fatal) y síndrome de Down, todos causados por fallas en el genoma, a veces tan sutiles como si una sola letra se hubiera torcido.

Quedé maravillado con la elegancia del código del ADN humano, y las múltiples consecuencias de esos raros momentos de descuido en su mecanismo de copiado. A pesar de que el potencial de hacer algo que realmente ayudara a los muchos afligidos por esas enfermedades genéticas parecía muy lejano, inmediatamente me sentí atraído por esa disciplina. Si bien en ese momento no había ni sombra de posibilidad de nada tan grandioso y trascendental como el Proyecto Genoma Humano en la mente de ningún ser humano, el camino que empecé en diciembre de 1973 resultó que me llevó de forma fortuita y directa a la participación en una de las empresas más históricas de la humanidad.

Este camino también me llevó, en el tercer año de la escuela de medicina, a tener intensas experiencias relacionadas con el cuidado de pacientes. Como médicos en formación, los estudiantes de medicina se ven impelidos a formar algunas de las relaciones más íntimas imaginables con individuos que eran completos desconocidos hasta el momento de su enfermedad. Tabúes culturales que normalmente evitan el intercambio de información intensamente privada se desmoronaban con el sensible contacto que se produce entre un doctor y sus pacientes. Todo era parte del antiguo y venerado con-

trato entre el enfermo y el sanador. Yo encontraba abrumadoras las relaciones que se desarrollaban con pacientes enfermos y agonizantes, y luchaba por mantener la distancia profesional y con la necesidad, reiterada por mis profesores, de no involucrarme emocionalmente.

Algo que me impactó profundamente de mis conversaciones junto a los lechos de estas buenas gentes de Carolina del Norte era el aspecto espiritual de lo que muchos de ellos estaban atravesando. Fui testigo de numerosos casos de individuos cuya fe les daba una fuerte seguridad y paz absoluta, ya fuera en este mundo o el siguiente, a pesar del sufrimiento que, en la mayoría de los casos, les había llegado sin que ellos hubieran hecho nada para ocasionárselo. Si la fe era una muleta psicológica, concluí, debía de ser una muy poderosa. Si no era más que el barniz de una tradición cultural, ¿por qué estas personas no estaban alzando sus puños contra Dios y exigiendo que sus amigos y familiares dejaran de hablar de un amoroso y benévolo poder sobrenatural?

Mi momento más difícil sucedió cuando una viejecita que sufría diariamente por una severa e intratable angina de pecho me preguntó qué era lo que yo creía. Era una pregunta válida; habíamos hablado de muchos otros temas importantes de vida y muerte, y ella había compartido conmigo sus fuertes convicciones cristianas. Sentí que mi cara enrojecía mientras balbuceé las palabras «no estoy seguro». Su obvia sorpresa puso de relieve un aprieto del que había estado huyendo durante casi todos mis veintiséis años: nunca había considerado seriamente la evidencia a favor o en contra de la fe.

Ese momento me persiguió durante varios días. ¿No me consideraba a mí mismo un científico? ¿Sacaba un científico

conclusiones sin considerar los datos? ¿Podría existir una pregunta más importante en toda la existencia humana que «existe Dios»? Y sin embargo, allí estaba yo, con una combinación de ceguera deliberada y algo que sólo podía ser propiamente descrito como arrogancia, al haber evitado cualquier consideración seria de que Dios fuera una posibilidad real. De repente, todos mis argumentos parecían muy débiles, y tuve la sensación de que el hielo bajo mis pies se estaba quebrando.

Caer en la cuenta de esto fue una experiencia totalmente aterradora. Después de todo, si ya no podía confiar en la robustez de mi posición atea, ¿tendría que asumir la responsabilidad de algunas de mis acciones a las que preferiría no someter a escrutinio? ¿Debía yo responder a alguien además de a mí mismo? La pregunta ahora era demasiado imperiosa para evitarla.

Al principio confiaba en que una investigación completa sobre la base racional de la fe negaría todos los méritos de creer, y reafirmaría mi ateísmo. Pero decidí mirar los hechos, sin importar el resultado. Así empecé un rápido y confuso estudio de las religiones más importantes del mundo. Mucho de lo que encontré en las versiones de las CliffNotes* de diferentes religiones (descubrí que leer los textos sagrados originales era muy difícil) me dejaba totalmente perplejo, y encontraba muy pocas razones para sentirme atraído hacia una u otra de las muchas posibilidades. Dudé de que existiera base racional alguna para la creencia espiritual que sustentaba a

* Las CliffNotes son extractos escolares de muchos temas, disponibles para que los interesados no tengan que recurrir a las fuentes originales. (*N. del T.*)

cualquiera de estas religiones. Sin embargo, eso cambió muy pronto. Fui a visitar a un ministro metodista que vivía en la misma calle, para preguntarle si la fe tenía alguna lógica. Escuchó pacientemente mis confusas (y posiblemente blasfemas) divagaciones, y luego tomó un pequeño libro de su estante y me sugirió que lo leyera.

El libro era *Mero cristianismo*, de C. S. Lewis. En los siguientes días, al volver sus páginas luchando por absorber la amplitud y profundidad de los argumentos intelectuales expuestos por este legendario erudito de Oxford, me di cuenta de que mis propios conceptos contra la plausibilidad de la fe eran los de un niño. Claramente debía iniciar con una página en blanco la consideración de ésta, la más importante de las preguntas humanas. Lewis parecía conocer todas mis objeciones, incluso a veces antes de que yo terminara de formularlas. Invariablemente las abordaba en las siguientes una o dos páginas. Cuando luego me enteré de que Lewis mismo había sido un ateo que se había propuesto refutar la fe con base en argumentos lógicos, comprendí cómo podía él saber tanto de mi camino: también había sido el suyo.

El argumento que más atrajo mi atención y más removió mis ideas sobre la ciencia y el espíritu hasta sus mismos cimientos estaba allí mismo, en el título del Libro Uno: «Lo correcto y lo incorrecto como una clave sobre el significado del universo». Mientras que en muchas maneras lo que Lewis describía como «ley moral» era una característica universal de la existencia humana, en muchas otras era como si se me estuviera revelando por primera vez.

Para entender la ley moral es útil considerar, al igual que hizo Lewis, cómo la invocamos cientos de veces durante el

día sin que quien lo haga se detenga a señalar los fundamentos de su argumento. Los desacuerdos son parte de la vida diaria. Algunos son mundanos, como por ejemplo cuando una mujer reprende a su marido por no hablarle a su amiga con más amabilidad, o un niño que se queje de que «no es justo», cuando se reparten diferentes cantidades de helado en una fiesta de cumpleaños. Otros argumentos adquieren una mayor importancia. Por ejemplo, en asuntos internacionales, algunos argumentan que Estados Unidos tiene la obligación moral de extender la democracia en el mundo, incluso si se requiere la fuerza militar, mientras otros dicen que el uso unilateral y agresivo de la fuerza económica y militar amenaza con dilapidar la autoridad moral.

En el área de la medicina, furiosos debates rodean actualmente la pregunta de que si es aceptable realizar investigaciones con células madre de embriones humanos. Algunos argumentan que tal investigación viola la santidad de la vida humana; otros proponen que el potencial de aliviar el sufrimiento humano constituye un mandato ético para proseguir con la experimentación. (Este tema y muchos otros dilemas de la bioética se consideran en el apéndice de este libro.)

Nótese que en cada uno de estos ejemplos, cada facción intenta apelar a una medida superior no mencionada. Esa medida es la ley moral, que también se podría llamar «la ley de la conducta recta», y su existencia en cada una de estas situaciones parece incuestionable. Lo que se debate es si una acción u otra es una aproximación más cercana a las exigencias de esa ley. Los acusados de quedarse cortos, por ejemplo, el marido que no es suficientemente cordial con la amiga de la mujer, generalmente explican con una variedad de

excusas las razones por las cuales deberían quedar exentos de la aplicación de la ley. Casi nunca responde el acusado: «Al diablo con tu concepto de conducta recta».

Lo que tenemos aquí es muy peculiar: el concepto de lo correcto y lo incorrecto parece ser universal entre todos los miembros de la especie humana, si bien su aplicación puede producir resultados muy diferentes. Por lo tanto, parecería tratarse de un fenómeno casi como una ley, como la ley de la gravedad o de la relatividad especial. Sin embargo, en este caso, si somos honestos con nosotros mismos, se trata de una ley que rompemos con asombrosa regularidad.

Hasta donde yo comprendo, esta ley parece aplicarse exclusivamente entre los seres humanos. Si bien otros animales a veces parecen mostrar un destello de sentido moral, no son muchos los casos, y en muchas ocasiones la conducta de otras especies parece estar en dramático contraste con cualquier sentido de rectitud universal. Es esa conciencia del bien y el mal, junto con el desarrollo del lenguaje, la conciencia de sí mismo y la capacidad de imaginar el futuro, a lo que los científicos generalmente se refieren cuando tratan de enumerar las cualidades especiales del *Homo sapiens*.

Pero ¿es este sentido del bien y el mal una característica intrínseca del ser humano o es sólo una consecuencia de las tradiciones culturales? Algunos argumentan que las culturas tienen diferencias tan grandes en las normas de conducta que cualquier conclusión relacionada con una ley moral común carece de fundamento. Lewis, estudioso de muchas culturas, llama a esto «una mentira, una mentira que suena bien. Si un hombre se pasa algunos días en una biblioteca con una *Enciclopedia de Religiones y Ética*, pronto descubriría la masiva

unanimidad de la razón práctica en el hombre. En el himno babilónico a Samos, en las leyes de Manu, el Libro de los Muertos, los analectas, los estoicos, los platónicos, los aborígenes australianos y los pieles rojas, el lector encontraría las mismas y triunfantemente monótonas condenas a la opresión, el asesinato, la traición y la falsedad; los mismos mandamientos de amabilidad a los ancianos, los niños y los débiles, de caridad, imparcialidad y honestidad».¹ En algunas culturas poco comunes la ley da unos giros sorprendentes; consideremos la quema de brujas en la Norteamérica del siglo XVII. Sin embargo, cuando se estudian de cerca, se puede ver que estas aparentes aberraciones surgen de conclusiones sostenidas con convicción, pero mal informadas, sobre qué o quién es bueno o malo. Si usted creyera firmemente que una bruja es la encarnación del mal en la tierra, un apóstol del mismísimo diablo, ¿no parecería justificado tomar acciones tan drásticas?

Permítaseme detenerme aquí para señalar que la conclusión de que la ley moral existe está en serio conflicto con la filosofía posmodernista actual, que dice que no existen el bien y el mal absoluto, y que toda decisión ética es relativa. Esta visión, que parece muy extendida entre los filósofos modernos pero que asombra a la mayoría del público en general, se enfrenta a toda una serie de trampas lógicas. Si no existe una verdad absoluta, ¿puede ser verdad el posmodernismo mismo? Ciertamente, si no existen el bien y el mal, no hay razón para argumentar sobre la disciplina de la ética, en primer lugar.

Otros dirán que la ley moral es sencillamente una consecuencia de las presiones evolutivas. Esta objeción surge del

nuevo campo de la sociobiología, e intenta ofrecer explicaciones a la conducta altruista con base en su valor positivo en la selección darwiniana. Si este argumento demuestra sostenerse, la interpretación de muchos de los requisitos de la ley moral como una señal hacia Dios estaría potencialmente en problemas, así que bien vale examinar este punto con más detalle.

Consideremos un ejemplo importante de la fuerza que sentimos de la ley moral: el impulso altruista, la voz de la conciencia que nos llama a ayudar a los demás aunque no recibamos nada a cambio. Por supuesto, no todos los requerimientos de la ley moral se reducen al altruismo, por ejemplo, el remordimiento de conciencia que uno siente ante una leve distorsión de los hechos al hacer la declaración de la renta difícilmente se puede adscribir a un sentido de haber dañado a otro ser humano identificable.

Primero, aclaremos de qué estamos hablando. Por altruismo no me refiero a una conducta del tipo: «Yo te rasco la espalda, tú me rascas la espalda», que practica la benevolencia con los demás con la expectativa directa de beneficios recíprocos. El altruismo es más interesante: el darse uno mismo realmente a los demás sin tener ningún interés personal en absoluto. Cuando vemos esa clase de amor y generosidad, nos invade la reverencia y el sobrecogimiento. Oskar Schindler puso su vida en gran peligro al proteger a más de mil judíos del exterminio nazi durante la Segunda Guerra Mundial, y finalmente murió sin un centavo; nosotros sentimos un torrente de admiración por sus acciones. La madre Teresa ha sido constantemente clasificada entre los individuos más admirados de la época actual, a pesar de que su pobre-

za autoimpuesta y su entrega desinteresada a los enfermos y agonizantes de Calcuta contrasta drásticamente con el estilo de vida materialista que domina nuestra cultura actual.

En algunos casos el altruismo se puede extender incluso a circunstancias en las que el beneficiario podría parecer un enemigo jurado. La hermana Joan Chittister, monja benedictina, cuenta la siguiente historia sufi.²

Había una vez una anciana que solía meditar a las orillas del río Ganges. Una mañana, al terminar su meditación, vio a un alacrán que flotaba indefenso en la fuerte corriente. Conforme el alacrán se acercaba, quedó atrapado en unas raíces que se extendían dentro del río. El alacrán luchaba frenéticamente por liberarse, pero cada vez se enredaba más. Ella se acercó inmediatamente al alacrán que se ahogaba, quien en cuanto ella lo tocó, la picó. La anciana retiró su mano, pero en cuanto recuperó su equilibrio, nuevamente trató de salvar a la criatura. Cada vez que ella lo intentaba, el alacrán la picaba tan fuerte que su mano se llenó de sangre y la cara se le descomponía por el dolor. Un hombre que pasaba y vio a la anciana luchar contra el alacrán le gritó: «¿Estás loca? ¿Quieres matarte por salvar a esa cosa odiosa?». Mirando al extraño a los ojos, la anciana respondió: «Si la naturaleza del alacrán es picar, ¿por qué debo negar mi propia naturaleza de salvarlo?».

Éste puede parecer un ejemplo más bien drástico, no muchos de nosotros nos colocaríamos en peligro por salvar a un alacrán. Pero, seguramente, la mayoría de nosotros hemos sentido en algún momento una llamada interior para ayudar a un extraño en necesidad, aun cuando no parecería

haber ningún beneficio personal; y si hemos actuado ante ese impulso, la consecuencia fue una agradable sensación de «haber hecho lo correcto».

C. S. Lewis, en su notable libro *Los cuatro amores*, explora más profundamente la naturaleza de esta clase de amor desinteresado al que llama «ágape», que viene del griego. Señala que se puede distinguir de otras tres formas (afecto, amistad y amor romántico), que pueden ser más fácilmente entendidas en términos de beneficio recíproco y que podemos ver modeladas en otros animales además de en nosotros mismos.

El ágape o altruismo desinteresado presenta un importante desafío a los partidarios de la evolución. Es realmente escandaloso para el pensamiento reduccionista. No se puede explicar por el impulso de los ególatras genes individuales de perpetrarse a sí mismos. Muy por el contrario: podría llevar a los humanos a realizar sacrificios que llevarían a un gran sufrimiento o lesión personal, o incluso a la muerte, sin un evidente beneficio. Y sin embargo, la motivación para practicar esta clase de amor existe dentro de todos nosotros, a pesar de nuestros frecuentes esfuerzos por ignorarlo.

Sociobiólogos, como por ejemplo E. O. Wilson, han tratado de explicar esta conducta en términos de algún beneficio indirecto para quien practique el altruismo, pero los argumentos rápidamente caen en problemas. Una propuesta dice que la conducta altruista repetida en un individuo se reconoce como un atributo positivo en la selección de pareja. Pero esta hipótesis está en conflicto directo con las observaciones en primates no humanos que con frecuencia revelan justamente lo opuesto; como, por ejemplo, la práctica del infanticidio por parte de un nuevo mono macho dominante, para

abrir el camino a su propia descendencia. Otro argumento es que existen beneficios recíprocos indirectos que han otorgado ventajas a quienes practican el altruismo a lo largo del tiempo de la evolución; pero este argumento no puede explicar la motivación humana de practicar pequeños actos de conciencia de los que nadie más se entera. Un tercer argumento es que la conducta altruista de algunos miembros del grupo proporciona beneficios a todo el grupo. Se ofrecen ejemplos de colonias de hormigas, en donde las obreras estériles trabajan sin cesar para crear un ambiente en el que sus madres puedan tener más hijos. Pero esta clase de «altruismo hormiga» se explica inmediatamente en términos evolucionistas por el hecho de que los genes que motivan a las obreras estériles son *exactamente* los mismos que transmitirá su madre a los hermanos que con su trabajo están ayudando a gestar. Esa inusual conexión directa del ADN no funciona en poblaciones más complejas; los evolucionistas están casi universalmente de acuerdo, la selección opera en el individuo, no en la población. La conducta programada en la hormiga obrera es, por tanto, fundamentalmente diferente de la voz interior que me hace sentirme impulsado a lanzarme a un río para tratar de salvar a un extraño de ahogarse, incluso si no soy un buen nadador y yo mismo pudiera morir en el intento. Más aún, que se sostenga el argumento evolucionista de los beneficios del altruismo para el grupo parece requerir una respuesta opuesta, es decir, hostilidad a los individuos fuera del grupo. El ágape de Oskar Schindler y de la madre Teresa contradicen esta clase de pensamiento. Sorprendentemente, la ley moral me pide salvar al hombre que se está ahogando incluso si fuera mi enemigo.